



fe, habia sido engañada de una manera indigna, habia entregado sus mejores hijos, su escuadra y sus armas. No le quedaba otro recurso que la desesperacion (149) (1).

Cartago resolvió morir con honor, y al efecto llamó á Asdrúbal, que se presentó en el campo de Néferis con sus veinte mil hombres. Desde allí su caballería hostigaba continuamente á los romanos, cargaba y envolvía á los cuerpos de ejército, que se separaban de sus legiones y se retiraban sin poder darle alcance. En la ciudad se fundía el oro y la plata á falta de hierro; se fabricaban diariamente ciento cuarenta escudos, trescientas espadas, cien venablos y mil flechas, y tuvieron armas; las mujeres, rivalizando en patriotismo, cortáronse sus largos cabellos é hicieron cuerdas para sus barcos. Entonces las máquinas romanas fueron incendiadas, la escuadra rechazada ó quemada en alta mar, y hubiera perecido todo un ejército á no ser por el jóven tribuno Escipion Emiliano. Miéntras que el hijo de Paulo Emilio marchaba á Roma á solicitar el consulado, no obstante la ley Villia que exigía como única condicion la edad, las legiones quedaron comprometidas en África, y al mismo tiempo la guerra era inminente en Macedonia, Grecia y España.

Sin embargo, la sentencia de Cartago estaba pronunciada. Escipion volvió con las insignias consulares; el hijo adoptivo de la familia Cornelia llevó gloriosamente un nombre que infundia miedo al África. Este jóven general empezó por restablecer la disciplina, y despues tomó en una noche la ciudad, propiamente dicha, á Megara. Los sitiados estaban encerrados en la ciudadela Byrsa; el istmo y el puerto formaban una especie de barrera delante de ellos. De repente, una nueva escuadra cartaginesa, que habia conseguido salir secretamente, preséntase en batalla, sorprende á las naves romanas y las rechaza. Pero el ejército que habia en el exterior fué dispersado por completo, y el puerto y la isla de Coton cayeron en su poder. Los soldados, entrando en la ciudad por asalto, avanzaron por las calles incendiadas y tuvieron que poner sitio á las casas, por-

(1) Apiano, *Guerras púnicas*.

que cada una se defendia como un fuerte. Asdrúbal, perdiendo á la vez el sentido y el valor, corrió en direccion á los vencedores, llevando en la mano una rama de oliva, y cuando estaba sentado á los piés de Emiliano, vió en lo alto del templo á su mujer entre novecientos tráfugas, que lanzaba sobre él su última maldicion y despues se precipitaba á la hoguera en union con sus hijos. La existencia de Cartago terminaba con esta mujer, del mismo modo que habia empezado por Dido, por medio de una hoguera: Roma inscribió en el número de sus provincias *la provincia de África* (146).

En todas partes triunfaba Roma. Inútilmente Andrisco, hijo de Perseo, sublevó los cuatro cantones de la Macedonia. Preso por primera vez, logró escaparse, y gracias quizá á que el senado buscaba un pretexto, volvió á su país, le levantó en armas, como igualmente á la Tesalia, y dió muerte á una legion. Pero desgraciadamente fué derrotado por Metelo, y los traicios le hicieron traicion y le entregaron á sus enemigos. La Macedonia espiró con esta última tentativa y fué reducida á provincia romana (147).

El mismo año de la destruccion de Cartago fué agregada á Roma la provincia de Acaya. De los 1.000 rehenes que hicieron á los aqueos para dejar el campo á un esclavo de Roma, apenas sobrevivian 300 en Italia (150). Sin la amistad de Escipion con el historiador Polibio, estos ancianos no hubiesen vuelto á su patria; Caton consiguió que se les permitiera *volver al suelo de su naturaleza para ser enterrados por los sepultureros de la Grecia* (1). Traian en su corazon un gran deseo de venganza y de libertad. En el momento en que Macedonia estaba dividida, los aqueos pusieron á su frente tres de estos antiguos desterrados, Damócrito, Diæus y Critolaus, los cuales no cejaron en su propósito cuando supieron que Roma trataba de dividir la liga; en Corinto fueron asesinados los diputados de Esparta que querian separarse, y Critolaus insultó á los embajadores romanos. El senado, ocupado en otros asuntos,

(1) Plutarco, *Vida de Caton*.



fingió que olvidaba el insulto, pero su longanimidad duró hasta que desapareció el peligro en que se veía Roma. Metelo el Macedónico aconsejaba á los griegos la prudencia, pero se dirigieron contra él y los derrotó en Escarfea, en la Lócrida (147); Critolaus desapareció en la derrota. Corinto resistió; Dieus, por no presenciar el último descalabro de su patria, marchó á Megalópolis, dió muerte á su mujer é hijos y despues se arrojó á la hoguera. El cónsul Munio adquirió el sobrenombre de Acaico, destruyendo á Corinto, matando ó vendiendo á los hombres, mujeres y niños y trasladando á Roma los despojos de la Grecia y las obras maestras cuyo valor no sabia él apreciar (1) (146).

Sin embargo, en España, Viriato, que haciendo la guerra de escaramuzas con 1.000 caballeros, habia salvado á 10.000 lusitanos, conquistaba con la punta de su espada la independencia ibérica. *Con las ropas de púrpura y las haces levantaba trofeos en las montañas*; los numantinos derrotaron á un cónsul. En la Celtiberia, lo mismo que en la Citerior, se prometió la paz y la amistad á los españoles.

Las perfidias, las crueldades y una ambicion persistente daban por resultado los descalabros en una guerra como esta, que se hacia por entre desfiladeros y barrancos, y en la cual el triunfo era seguro para las guerrillas. Pero Viriato fué asesinado (140), y entonces Junio Bruto llegó hasta Galicia, recorrió la costa y no retrocedió hasta que vió ocultarse en el Océano los rayos del sol (2).

Sólo faltaba someter á la fuerte ciudad de Numancia; ¿la respetarian? Su generosidad no la salvó. Habia dado la libertad á un ejército entero bajo la fe de un cónsul y de su pretor Tiberio Graco, y no pedia más que la independencia. Los padres renovaron la infamia de las horcas caudinas, anularon el tratado y entregaron al general sin las tropas; pero los numantinos le dejaron en libertad. Los legionarios no podian sostener más su voz y sus miradas. Cuando Escipion Emiliano llegó (134)

(1) Pausanias, Acaico.

(2) Florus, lib. II.

tuvo necesidad de endurecer al principio á sus soldados con fatigas excesivas, despues se limitó á reducir á Numancia por hambre. Mandó cortar las manos á cuatrocientos jóvenes españoles que se preparaban á socorrer la ciudad, y rehusó obstinadamente el combate. Entonces los indomables sitiados apelan al hierro, al fuego y al veneno, evitando con la muerte la esclavitud. Escipion entró en la ciudad desierta y no triunfó más que de un nombre (1).

Pronto tuvo tambien que asegurar la herencia de Atalo, sus bienes y su reino. Aristonico, hijo de Eumenes, batió é hizo prisionero á Licinio Craso, negándose á ratificar el pretendido legado. Sea de esto lo que quiera, la fuerza favoreció á la legalidad que interpretaba el testamento á su manera. El rey de Pérgamo fué derrotado y Aquilius sometió definitivamente el reino envenenando las fuentes y extrangulando á Aristonico. Roma incorporó á sus dominios esta provincia del Asia (130).

La obra de Roma avanzaba rápidamente. Suprime todas las nacionalidades que la rodean: Cartago y Numancia perecen en el Occidente; en el Oriente, Macedonia, Corinto y Pérgamo; todo esto se realiza en el espacio de medio siglo, constituyéndose de este modo el imperio romano, que no se limita ya á la Italia. En la actualidad la dominacion romana se asienta con arrogancia en el mundo. Se apoya en las provincias de África, de España, de Grecia y de Asia; se organiza la conquista al mismo tiempo en todas partes y se regulariza por medio de la administracion.

Pero el despotismo con que fueron tratadas las provincias sometidas, y el pillaje y las iniquidades que en ellas se cometieron acarrearán la ruina de este imperio. Los cónsules y los pretores, abandonando sus cargos en la ciudad, mandaban á sus litores unir las segures á las haces. Con estas señales de su soberanía y el título de cónsules y pretores, marchaban léjos de toda vigilancia á ejercer una autoridad que reunia en ellos todas las magistraturas romanas y tambien el poder del senado

(1) Floro; Apiano, *Guerras de España*.



y del pueblo. Estos pequeños déspotas, que no tenían otra regla para gobernar que el edicto, promulgado por ellos mismos, eran los encargados de velar por la seguridad personal de todos. Una sola cosa respetaban en general y servia de salvaguardia contra ellos, tal era el título de ciudadano romano. Por lo demas la tiranía y la extorsion les parecia muy natural á estos magistrados conquistadores, que no veian en sus súbditos más que vencidos, y que recordaban haberles vendido á millares durante las guerras de reduccion (1).

No se crea, sin embargo, que fué este el único mal de las provincias; otra crueldad además de la de los gobernadores y no menos terrible, fué la insaciable sed de oro de los publicanos. Estos se enriquecian fuera para volver á ejercer su influencia y crear un nuevo orden en la ciudad. Estos hombres (que eran necesariamente los más ricos, es decir, los caballeros) estaban encargados de anticipar provisiones al Estado desde la segunda guerra púnica. Luégo tomaron en renta los tributos vectigales, y los impuestos sobre las minas de sal y sobre los metales. Casi siempre sospechosos y acusados de concussion, no tardaron en promover desórdenes en la plaza pública sus quejas, y en introducir la division entre los tribunos y el senado. Desde entonces pudo decirse con razon que, donde quiera que estaba un publicano, los derechos del Estado estaban perdidos ó oprimidos los aliados (2).

Nada bastaba contra las injusticias de los jefes y de los arrendatarios; ni las «cuestiones públicas» embarazadas con lentitudes interminables, ni aun la «cuestion perpétua» nuevamente establecida, ni los esfuerzos de algunos tribunos. El derecho era una ciencia tal en Roma, que apenas se conocia la justicia. En los procesos no habia más que esgrima de palabras entre legistas sutiles, «pregoneros de las acciones y de las fórmulas, cantores de sílabas que disputaban sobre las letras y las pun-

(1) M. Dumont, *Historia romana*.

(2) Tito Livio, lib. XLV, cap. XVIII; Plutarco, *Vidas de Caton y de Flamínio*.

tuaciones» (1). Así se decidian las causas, á ménos que no se mezcláran en el juicio las rivalidades que arrastraban á los nobles ó al pueblo, los intereses de amistad, de la envidia y de la proteccion, como los que, por ejemplo, decidian al rígido Caton á defender á un amigo culpable y á perseguir á un concurrente; ó ya tambien un movimiento que arrebatava á la multitud del Foro, á este juez de mil pasiones; y entonces poco importaba que un inocente fuera condenado, ó quedára impune un criminal.

A la sed de oro y á la injusticia, vicios propios de Roma, se unieron tambien los vicios de todos los países que entraban en la ciudad con los cautivos á consecuencia de sus triunfos. La Grecia contribuyó poderosamente á aumentar esta corrupcion con sus voluptuosas investigaciones y su filosofia sofistica. Los viejos romanos, por más que hicieron, no pudieron preservar de la corrupcion á la ciudad. El Asia y el África, por lo demas, pagaban bien sus tributos. Roma empezaba á ser el foco de corrupcion del Oriente y del Occidente; todas las infamias se encontraban en ella, aunque dominadas siempre por el carácter grosero y la pasion, por la fuerza brutal, que tanto agradaba en los combates de «gladiadores».

La república quizas no tenía entonces más que un solo hombre de gran capacidad y de virtud sincera; éste hombre era el hijo de Paulo Emilio, el vencedor de Cartago y de Numancia. Sin embargo, tambien se le ve dirigir las grandes y escandalosas indignidades; pero ménos rudo y austero en apariencia que Caton, cultivaba las letras sin afectacion ni menosprecio; no desconocia tanto como el rígido censor el desinterés y la temperancia, y parecia ser el único que tenía conciencia de la moral, de la justicia y de la humanidad. Pero este hombre fué tambien censor, y el que en su magistratura debió á la vez justificar el nombramiento de los ciudadanos, estudiar las costumbres y el estado de la república, visitar é ins-

(1) Ciceron, *De Oratore*, lib. I, cap. LVI; pro Muræna, lib. XI, c. XXV.



peccionar especialmente las escuelas de baile y de pantomima, rehusaba al César en el cargo pronunciar la súplica acostumbrada en favor de la extension del poder romano; y en el presentimiento que le hacia verter lágrimas por la ruina de Cartago, como si asistiera ya á la de Roma, exclamaba: «Nuestra suerte es bastante grande; pidamos á los dioses que nos la

conserven» (141) (1). Estas palabras parecen proféticas.

Superior á ellas era otra voz que decia á la ciudad de Rómulo: ¡adelante! Y la ciudad conquistadora, soldado armado contra las naciones, cumplia su destino.

(1) Valer. Máx., lib. IV.

### CAPITULO XIV

España.—Cartago.—Amilcar.—Anibal.—Sagunto.

Era Cartago, como hemos dicho, una colonia fenicia como Cádiz, una ciudad rica y populosa, metrópoli de la república de su nombre, la primera república conquistadora y mercantil. Habíase emancipado de Tiro, y héchose cabeza de una confederacion de colonias militares extendidas por la costa del África. Comerciantes los cartagineses como todos los fenicios, distinguiáanse de los de España por su ardor guerrero, por una inquietud belicosa que los conducia, no sólo á sostener por las armas sus establecimientos, sino á atacar sin piedad á cuantos á su engrandecimiento se opusieran. Su poderío marítimo era inmenso, y entendian el sistema de colonizacion mejor que ningun pueblo de la antigüedad.

Tiempo hacia que envidiaban la prosperidad de los fenicios españoles: tenian puestos los puntos sobre España, y deseaban ocasion y pretexto de fijar su planta en este país de todos apetecido. Así el senado cartagines accedió de buen grado á dar á los de Cádiz el socorro que en esta época pidieron, y aparejada una flota vinieron á combatir á la Peninsula. Pelearon, pues, con los naturales en favor de los fenicios, y empleando alternativamente la fuerza y el halago, venciendo unas veces, procurando otras darse á partido con los españoles, cuyo brio en más de una ocasion experimentaron, lo-

graron al fin ocupar algunos puntos de las playas de la Bética.

Dueños los cartagineses de Cádiz, fuéles ya fácil extender su dominacion por el litoral de la Bética. Su sistema era ir asegurando militarmente las posesiones que adquirian, fortificándolas y poniendo en ellas guarniciones. Hubieran acaso emprendido entónces la conquista del país, si las guerras en que por otras partes andaban envueltos no les hubieran movido á diferir este pensamiento para ocasion más oportuna. Antes bien, calculando que la amistad y alianza de los españoles podria servirles de gran provecho y ayuda para las empresas en que la república andaba por otras regiones empeñada, estrecharon con ellos relaciones y tratos y fingiéronse amigos, hasta el punto de conseguir de los incautos y crédulos españoles que les facilitasen riquezas y soldados.

Habíanse dedicado los cartagineses á dilatar su imperio por el Mediterráneo, donde tenian los griegos numerosas y ricas colonias, y por lo tanto veian éstos con recelo y de mal ojo el afan con que los de Cartago pretendian el señorío de aquellos mares, y tenian la rivalidad de un pueblo conocido ya por su poder y por su crueldad. Desde 550 hasta 480 ántes de Jesucristo, aparecen posesionados de Cerdeña; y aliándose con los tirrenios, arrojan tambien